

La grandeza del Cid, ha sido igualmente descrita por los historiadores Cristianos y Musulmanes de la época. Se trata de la historia de un caballero singular, cuya fama ha cruzado las fronteras europeas y ha llegado a cualquier parte de nuestro mundo en que se estudie la historia. Que duda cabe que la película "el Cid" de Samuel Broston, en donde se plasma en la figura de Rodrigo Díaz de Vivar toda la grandeza de una época y la imagen de un valiente Caballero Medieval ha ayudado al conocimiento de unas gestas y de un gran hombre, pero esta imagen, pertenece a los juglares, no a la historia, esta imagen es la que la literatura nos ha dejado en El Cantar del Mio Cid, y no es esta la imagen que desearía reflejar en este artículo. En estas páginas, hablaremos de la vida del personaje Rodrigo Díaz de Vivar, personaje que no necesita de los juglares para ser un héroe medieval. Desde aquí no es mi pretensión explicar la figura de este gran hombre, ya que estoy seguro que todos lo conocéis y habéis estudiado el personaje, sino que se pretende dejar constancia de hechos puntuales y comportamientos dignos de haber pasado a la Historia sin ser tristemente famosos por determinadas perversiones tanto espirituales como de actos deleznable a través de los tiempos. Se pretende solo recordar hechos puntuales que marcaron la vida de la España de aquellos tiempos sin entrar en recovecos densos de historiadores estudiosos.

Y es que la figura del Cid, nos viene transmitida desde el prisma de cierta ambigüedad de fechas, en la que muchas de las plumas de eminentes hombres de letra no se ponen de acuerdo, y que es digno de hacer notar aunque ello no sea lo verdaderamente importante. Así tenemos que no existe ninguna referencia a la fecha de su nacimiento: Menéndez Pidal propone 1043, Ubieto Arteta habla de 1054–1060 y Gonzalo Martínez Díaz, 1048, por lo que se puede establecer una aproximación y una media y establecer una época cercana a estas fechas para dar por buena una en concreto.

De entre el árbol genealógico de Rodrigo Díaz podemos destacar los apellidos Laínez, Fernández, Bermúdez, Rodríguez, Nuñez y Álvarez, todos ellos ilustres de Castilla y poseedores de varios castillos y propiedades. El nombre de su padre, Diego Laínez, de su madre sólo se cita y muy ambiguamente el apellido Rodríguez. El nombre del Cid, Rodrigo, se cree le fue puesto en honor a su abuelo materno Rodrigo Álvarez. Esto hace suponer que la familia materna tenía mayor relieve social, ya que la costumbre de la época era tomar el nombre del primer hijo del abuelo paterno.

Vayamos ahora a vuelapluma a reconstruir la vida de Don Rodrigo Díaz de Vivar, merced a varios testimonios de la época. En el año 1110, el musulmán Ben Alcama, escribió un relato detallado de la conquista de Valencia. · En el año 1109, el musulmán Ben Bassam de Portugal, escribió la biografía del Rey de Murcia Ben Tahir, y describe la ocupación de Valencia por las tropas del Cid. · En el año 1090, un clérigo catalán escribe en "Carmen Campidoctoris" las contiendas del Cid con el Conde de Barcelona. · En el año 1110, se escribe la "Historia Roderici", auténtica biografía del Cid Campeador. A estos testimonios debemos añadir los documentos originales, que firma el mismo Rodrigo Díaz de Vivar, y que nos permiten seguir su pista por aquella época.

El Cid nace en Vivar, en la casa solariega de su padre Diego Laínez, infanzón castellano descendiente de Laín Calvo. En 1058 pasa a educarse a Palacio con los hijos del rey Fernando I, a cuya muerte se produce la partición de sus reinos, entrando Rodrigo al servicio de Sancho, quien le nombra Alférez. Vencedor en Pazuengos obtiene Rodrigo el título de Campeador y en lucha con el moro Hariz, el de Cid o "mi Señor".

Tras no pocos avatares históricos, en la ciudad de Zamora, muere a traición Sancho II en 1072, exigiendo el Cid al nuevo Rey –Alfonso –VI– juramento en Santa Gadea de Burgos de que no había tomado parte en la muerte de su hermano.

En 1074 nuestro personaje contrae matrimonio con Jimena, hija del Conde de Asturias, Diego Rodríguez y de Cristina nieta que era de Alfonso V de León. Apartado de la corte y enemistado con los nobles que habían apoyado a Alfonso, en 1081 es desterrado el Cid por el monarca, dejando a su esposa e hijos en el Monasterio

de San Pedro de Cardena.

A partir de entonces participa el Cid en muchas batallas al servicio del moro de Zaragoza, consiguiendo numerosas victorias contra cristianos y moros, aragoneses y catalanes. El peligro de la invasión almorávide hizo que el Rey le perdonara y una vez vuelto a Castilla le restituyó sus posesiones. Más, de nuevo en 1089, y a causa de la batalla de Aledo, en Murcia, Rodrigo conoce un segundo y definitivo destierro que le acerca a Levante. El 15 de junio de 1094 entra en Valencia donde gobierna durante cinco años. Muere en esta ciudad en Pascua de Pentecostés, el 10 de julio de 1099. Sus hijas contrajeron matrimonios con familias reales, Cristina fue desposada por Ramiro de Navarra y María por Ramón Berenguer III de Barcelona. Su único hijo varón, Diego, murió muy joven, en la batalla de Consuegra.

Enterrado El Cid en San Pedro de Cardena, sus restos sufrieron numerosos traslados hasta encontrar reposo definitivo con los de su esposa Jimena en la Catedral de Burgos en 1921.

El entorno vital en el que se mueve el Cid desde sus destierros de Burgos hasta la conquista de Valencia, según los relatos del Cantar, engloba tierras de hoy cuatro Comunidades Autónomas: Castilla y León, Castilla – La Mancha, Aragón y Valencia. Y ocho provincias. Son tierras, en gran parte, que antaño –en la época del Cid–, se conocieron como de extremadura castellana, tierras al sur del Duero, frontera entonces de los reinos cristianos y musulmanes de España. Tierras cantadas por los juglares de la Edad Media, junto a las hazañas del Cid, con un esfuerzo colectivo por ir ganando terreno para el reino cristiano, y que los oyentes escuchan con agrado, tanto en los mismísimos lugares históricos, como en tertulias azuzadas por eruditos, casi "juglares de nuestra época" dejando vagar su imaginación por lugares desconocidos que dan aliento a su esperanza.

Numerosos son los testimonios de la presencia de Rodrigo Díaz de Vivar en las Provincias por donde pasó, en las que el cantar sitúa lugares evocadores, ciudades, villas, pueblos y hermosos paisajes en los que lo épico se funde con un rico patrimonio histórico, artístico y natural, casi por descubrir. Lugares que esconden todavía hoy el misterio de otros tiempos y otros paisajes, que como os decía al inicio nos funden con la historia y nos hacen sentirnos en determinadas ocasiones como virtuales caballeros al servicio de gestas impresionantes.

Y es que aunque, en el Poema del Cid, nos pretenden mostrar al héroe como persona de medido comportamiento, no hay duda de que el personaje de Don Rodrigo correspondía más bien al de un hombre áspero, de trato difícil y de reacciones extremas, que prefería siempre acortar por el atajo de la violencia: cabalgando por la noche, corrió por aquellos campos, a fuego y sangre luchando, pero no como una característica especial de su persona sino como uno más de la época en la que le tocó vivir y, así como buen aventurero, ansiaba hacer rápidamente fortuna y conseguir grandes conquistas, sus acciones guerreras, que eran llevadas a cabo siempre en pleno campo y continuo vaivén, le valieron al de Vivar el sobrenombre de –Campeador –.

El Campeador buscaba siempre el combate en horizontes amplios. Sus posibilidades de triunfar radicaban, sobre todo, en la rapidez de movimientos, gracias a una caballería ligera que vivía y guerreaba a campo abierto. De ahí que no pudiera encasillar a su gente y a sus caballos en los límites de cercas medias o castillos pequeños, que, por otra parte, una vez conquistados, no le interesaba conservarlos guarnecidos con sus hombres, a quienes él necesitaba siempre, en su totalidad, dispuestos para las continuas incursiones, trasnochadas, algaradas, razias y celadas.

De cuantos mitos literarios aportó España a la cultura universal, ninguno es tan trascendente como el que constituye la figura del Cid. Lo mismo que Roldán para Francia, Sigfrido para Alemania, Aquiles para Grecia o Eneas para Roma, el Cid es para el mundo del espíritu, poético –gracias al Cantar de Mío Cid–, el héroe, el protagonista, que constituye el prototipo del ideal caballeresco.